

FRANCISCO FUSTER

Azorín

Clásico y moderno

Biografía

Alianza editorial

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Francisco Fuster García, 2025
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025
Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-1148-871-6
Depósito Legal: M. 22.957-2024
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

La biografía es eso: sistema en que se unifican las
contradicciones de una existencia.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Pidiendo un Goethe desde dentro (1932)

Índice

Presentación. El alma de su tiempo.....	11
1. Familia, infancia y juventud (1873-1896).....	17
2. Hacia otra España (1896-1904).....	37
3. Los intereses creados (1904-1912).....	67
4. La lámpara maravillosa (1912-1923)	109
5. Vieja y nueva política (1923-1936).....	159
6. Paz en la guerra (1936-1947).....	221
7. Soledades (1947-1967).....	283
[Imágenes de una vida].....	309
Créditos de las imágenes.....	335
Notas	337
Bibliografía citada.....	359
Índice onomástico	371

Presentación

El alma de su tiempo

Los biógrafos de Azorín suelen coincidir al afirmar que su obra despierta mayor interés que su vida. Esgrimen, para ello, que esa peripecia vital fue monótona y rutinaria, exenta de las aventuras y desventuras que adornan esas biografías llamadas «novelas». Alguno ha ido más allá al argumentar que, en su caso, la vida ha empañado la obra, pues lo que hizo al margen de su profesión condiciona nuestro juicio sobre su producción estrictamente literaria. Sus aciertos como escritor habrían sido tantos como los desaciertos que tuvo cuando cayó en la tentación de abandonar su hábitat natural para probar suerte como político o como intelectual. De hecho, como ha señalado Guillermo de Torre, lo que nos induce a perdonar —e incluso a olvidar— sus errores es, precisamente, saber que fueron cometidos por alguien cuyo modesto reino no pertenecía a esos mundos: «Azorín extraliterariamente hizo siempre las cosas de tal forma que a cualquier otro no dotado de su esplendorosa estrella literaria hubiérale hundido para siempre, desprestigiado irremisiblemente. En sus ocasionales incursiones políticas estuvo siempre

del peor lado; emprendió campañas equívocas; defendió lo indefendible, aunque lo hiciera generosa, desinteresadamente»¹.

Se ha dicho, también, que la forma adoptada por su obra es mejor que su fondo; que el continente en el que viene envuelta posee más valor que el propio contenido. Lo advirtió Josep Pla al constatar que, pese a ser dueño de un estilo personalísimo, «delicado, sensible, fabulosamente elegante», sus personajes y sus paisajes eran estáticos, porque estaban «embelesados en sí mismos, inmovilizados»². Lo repitió Mario Vargas Llosa en su discurso de ingreso en la Real Academia Española, cuando puso el énfasis en que el gran mérito de Azorín consistió en hacernos atractivos una serie de temas, de obsesiones e intereses personales, que, analizados en sí mismos, resultan profundamente anodinos:

Si uno juzga las actitudes y proclividades de Azorín separadas de la obra en que se hicieron literatura, el cuadro no es nada sugestivo: apatía, desilusión, lentitud, hechizo por lo nimio. Todo eso sugiere el aburrimiento y la impaciencia. Y, sin embargo, en las crónicas de Azorín esos ingredientes crean un mundo impredecible, de intensa espiritualidad, que sorprende y encanta³.

Aunque estoy de acuerdo con ambos, conviene contextualizar dichas opiniones y tener en cuenta que Azorín edita su primer libro en 1900 (no cuento los folletos anteriores a esa fecha) y el último en 1960. Entre uno y otro, publica más de cien volúmenes y firma alrededor de cinco mil quinientos artículos de periódico. Exigir a un autor tan longevo y fecundo que mantenga el mismo nivel durante más de sesenta años de escritura ininterrumpida es pedir demasiado. En ese sentido, coincido con Andrés Trapiello en que, frente a la supuesta disparidad de la obra azoriniana, lo que se percibe en ella es una

extraña coherencia interna que hace que sus miles de páginas, aparentemente dispersas e inconexas, actúen, en la práctica, como el panal de una colmena de abejas, perfectamente organizado:

Cada celdilla, elemental y exacta, parece al alcance de la comprensión de toda mente, por su sencillez, por el limpio perfil de su dibujo y la dorada luz que esconde; el conjunto de celdillas, en cambio, la disposición, la estructura y leyes a que obedece su fábrica, impresiona y nos sume en graves consideraciones. Nada más fácil que ser un moralista si se tienen colmenas. Azorín ha sido en este siglo nuestro más paciente colmenero⁴.

La vasta producción de Azorín es cualitativamente desigual, como la de cualquier escritor compulsivo que convierte el acto de escribir en algo mecánico y natural, como el respirar. Desde esta perspectiva, basta leer la confesión que antepuso al primer tomo de sus *Obras completas* para cerciorarse de que fue un verdadero grafómano al que nunca le importaron las condiciones en las que ejercía su oficio, porque era lo único que le hacía feliz:

He escrito en muchos sitios a lo largo de mi vivir: en Monóvar, nativo pueblo; en Madrid, en San Sebastián, en París. No sé dónde he escrito con más fervor, con más verdad, con más entusiasmo. He escrito en cuartillas anchas y amarillentas, en cuartillas chicas y blancas. He escrito en un cuartito de estudiante, en la mesa de una redacción, en el campo, en la ciudad, en una estación, en la mesa de mármol de un café. He escrito por la mañana, por la tarde, a prima noche, en las horas de la madrugada, con el alba, con la aurora, a mediodía, a la tarde. He escrito estando bueno, con salud pletórica, enfermo, titubeante, sin sanidad y sin dolencia. He escrito con todas las luces, con sombras y

con penumbras; con luz de aceite, grata luz; con luz eléctrica, agria luz; con la blanca y suave luz del gas; a la luz de las bujías. He escrito con pluma, con lápiz, con máquina de mesa y con máquina portátil, con pluma de agudo y con pluma de punto grueso. He escrito con letra abultada y letra menuda. He escrito con inspiración y sin inspiración; con ganas y sin ganas⁵.

¿Qué atractivo puede tener hoy, cumplido el 150 aniversario de su nacimiento, la vida de José Martínez Ruiz? A mi modo de ver, son varios. El primero de ellos es que estamos ante el creador de una de las obras más originales que ha dado la literatura española del siglo xx. Como subraya con perspicacia Benjamín Jarnés, los lectores de Azorín —tanto sus contemporáneos como los de ahora— leemos sus libros porque son suyos, independientemente de su contenido. De hecho, son obras inclasificables, porque es de los poquísimos autores en la historia de nuestras letras capaces de convertirse, ellos mismos, en todo un género literario:

¿Qué es, por ejemplo, Azorín? ¿Es novelista? ¿Ensayista? ¿Poeta, en el sentido de pequeño hacedor de versos? ¿Dramaturgo? ¿Qué difícil contestar! [...] También lo es contestar si preguntamos por Maurice Barrès. Azorín —como Barrès— es un autor. Es Azorín. Leemos y leemos a Azorín, no por ser novelista, ni comediógrafo, ni articulista —en todo hay *técnicos* mejores—; lo leemos por ser él, y nada más que eso, él⁶.

Otra de sus grandes virtudes es que fue quien mejor supo aunar, en el conjunto de su obra, lo clásico y lo moderno. Pese a ser un hombre cuyos gustos estéticos se inclinan, claramente, hacia los sujetos y los objetos antiguos, tiene la innata cualidad de presentárnoslos como los más recientes y novedosos. Lo supo

ver el crítico Rafael Vázquez Zamora en el obituario que le dedicó en la revista *Destino*, donde reparó en que su éxito residía en esa extraordinaria capacidad para hacer pasar por actual algo que, a ojos del resto del mundo, resulta extemporáneo:

la prosa de Azorín —limpia, clara, evocadora, bella— es un ancla para el lector entre el vaivén de tantos nuevos experimentos. Nadie más imitado que él, pero nadie tan inimitable. Ha representado durante mucho más de medio siglo la gran continuidad del arte literario entre los muchos excesos de nuevas e insostenibles formas expresivas y ha logrado el milagro de ser siempre nuevo, siendo él matusalénico⁷.

Por último, quisiera destacar que el siglo xx español comprende un período extraordinario desde el punto de vista del desarrollo de su cultura. La edad de plata (1900-1936) es el resultado de un proceso de maduración en el que convergen varias generaciones —las del 98, 14 y 27— de escritores, pensadores, artistas o científicos que, con sus esfuerzos individuales y grupales, contribuyeron a elevar el nivel intelectual del país hasta cotas jamás antes alcanzadas. Azorín no solo formó parte de la Generación del 98, sino que fue su epítome: el individuo que personificó aquel voluntarioso intento de regenerar España, emprendido por una minoría de hombres y mujeres en una de las horas más graves de su historia. Negar el valor simbólico de la biografía de quien vivió, en persona, los hechos más importantes del último tercio del siglo xix y los tres primeros del siglo xx es negar lo evidente. Como le definió Ramón Gómez de la Serna en la biografía que le dedicó, Azorín «es la historia contemporánea, el alma de su tiempo»⁸.

Familia, infancia y juventud (1873-1896)

José Martínez Ruiz viene al mundo el 8 de junio de 1873, sobre las tres de la madrugada, en una casa situada en el número 9 de la que, por entonces, se llama calle de la Cárcel (luego se denominará de San Andrés, antes de adoptar el nombre actual de Azorín, en honor a él mismo), en la localidad alicantina de Monóvar. Aunque varios biógrafos le atribuyen la condición de primogénito, no lo es, pues tiene un hermano mayor, Luis, al que no llega a conocer porque fallece de forma prematura, a los siete meses de edad. El día después de su alumbramiento es bautizado con el nombre de José Augusto Trinidad (ha nacido el día en que se celebra la fiesta de la Santísima Trinidad) en la iglesia parroquial de San Juan Bautista, sita en su pueblo natal, por el cura don Máximo Rico. Según el acta católica del nacimiento, los padrinos son sus tíos, José Martínez y Loreto Ruiz, mientras que ejercen como testigos dos amigos de la familia: David Esteve y Juan Pérez. Es el tercero de los nueve hijos que tienen sus padres: el ya citado Luis, María del Remedio, el propio José, Mercedes, Amancio, Ramón, Consuelo, Amparo y Pilar.

El padre, Isidro Martínez Soriano, es natural de Yecla (Murcia), hijo de una familia de hacendados venida a menos. Ha estudiado Derecho en Valencia, pero no ejerce la abogacía. Compagina el cuidado de las propiedades familiares con una vocación política que le lleva a ser no solo diputado provincial de Alicante por el Partido Conservador, sino, también, alcalde de Monóvar (1877-1881) y presidente del Casino: los dos cargos más eminentes a los que un vecino del pueblo puede aspirar. En las fotos que se conservan se le ve como a un burgués decimonónico: viste levita entallada y corbata, calza botines y empuña un sombrero de copa. Alto y delgado, luce bigote y lleva el pelo peinado hacia atrás, con la raya en medio. Poseedor de una más que aceptable cultura general (su abuelo, José Soriano García, pasa por ser un hombre erudito, que incluso llega a publicar algún libro de filosofía), es un gran lector de los autores de su generación (Benito Pérez Galdós, José María de Pereda, Pedro Antonio de Alarcón, Ramón de Campoamor) y siente un particular interés por los libros de historia, con los que conforma una excelente biblioteca, luego heredada por sus hijos.

La madre, María Luisa Ruiz Maestre, ha nacido en Petrel (Alicante), muy cerca de Monóvar. Quienes la conocen la describen como una señora delicada y fina, con grandes ojos azules, piel blanca y cabello abundante. Dedicó su existencia al cuidado del hogar y de los hijos; solo pisa la calle para asistir a misa o para devolver visitas de cortesía. Lleva un control pormenorizado de la vida doméstica, a través de unos cuadernos en los que anota desde los hechos más ordinarios de su día a día como ama de casa, hasta lo que ella considera sucesos relevantes: el primer día de colegio de uno de sus vástagos, la primera vez que le cortan el pelo o que viste pantalones, etc. Su pasión por la gastronomía la induce a confeccionar su propio receta-

1. Familia, infancia y juventud (1873-1896)

rio, hoy recuperado y publicado¹, gracias al cual conocemos los secretos culinarios de una mujer que pasa muchas horas entre fogones. Como recuerda su hijo Ramón, su obsesión por el orden y por la limpieza está en el origen de esa querencia por la sencillez y la meticulosidad que comparten todos los Martínez Ruiz.

Dos son las características principales del matrimonio formado por Isidro y María Luisa. La primera es que se trata de una unión entre dos familias de buena posición social, derivada de su condición de propietarios de tierras. Aunque, en el momento de casarse, parece que la estirpe paterna está arruinada, entre la generosa dote que María Luisa aporta al matrimonio (es la heredera única de sus padres y de una tía, que muere soltera) figuran —además de muebles, alhajas y enseres— una serie de fincas rurales y urbanas, en los términos de Monóvar y Petrel, que pasan a ser gestionadas por el propio Isidro. En este sentido, la consideración que los Martínez Ruiz tienen en el pueblo es la de una familia acaudalada y rica, cuyos miembros pueden vivir de las rentas. El otro rasgo es que tanto el padre como la madre son fervientes católicos, por lo que en el hogar se impone, desde el principio, una educación basada en la fe cristiana y en sólidos principios morales que afectan al funcionamiento de la prole, de puertas para adentro. Y también a esa impostada imagen de unidad y armonía que el clan pretende proyectar hacia fuera.

A finales del siglo XIX Monóvar es un pequeño pueblo de unos ocho mil seiscientos habitantes (en torno a diez mil, si añadimos a los de las pedanías circundantes) situado en el interior de la provincia de Alicante, a treinta y cuatro kilómetros de la capital. Su fisonomía combina un centro histórico formado por calles llanas con otra parte más irregular, en la zona norte del núcleo urbano, donde abundan las vías estrechas y empina-

das, una de las cuales conduce a la iglesia de la villa, coronada por un viejo campanario. Enclavada en el valle que sigue el río Vinalopó, forma parte —junto con la ciudad de Elda y los pueblos de Petrel, Novelda y Aspe, entre otros— de lo que hoy llamamos Vinalopó Medio: una comarca fronteriza (limita con la actual Región de Murcia), de orografía accidentada, en la que, ya desde aquellos tiempos, conviven el uso del castellano y el valenciano, en una proporción que varía según la localidad. En su economía, eminentemente agraria, predomina el cultivo de la vid para la producción de un vino que, exportado de forma regular a Francia, devenga pingües beneficios, con los que se crean la mayoría de las fortunas locales.

La vida cultural del pueblo gira en torno al Casino, epicentro de la burguesía monovera, en el que se reúnen médicos, abogados y otros hombres «de carrera». Allí se dan cita los miembros de las dos grandes facciones monárquicas que —como en la mayoría de los pueblos de España— se alternan en el poder durante el período de la Restauración borbónica (1874-1931): por un lado, los liberales, seguidores de Práxedes Mateo Sagasta (con el tiempo se crea una escisión local que apoya a José Canalejas); por otro, los conservadores, partidarios de Antonio Cánovas del Castillo o, en el caso de Isidro Martínez, de Francisco Romero Robledo, cuando este se aparta de Cánovas y crea su propia facción dentro del Partido Conservador. Estos elementos dinásticos conviven con un reducto de carlistas, fieles al legado de Carlos María Isidro, así como con un tímido grupo de fuerzas vivas que, de forma discreta (están en clara minoría), pero firme, se declaran republicanos.

Según uno de los cuadernos en los que su madre anota los hitos de su infancia, José va a la escuela del pueblo, por primera vez, a los cinco años, el 21 de octubre de 1878. Allí asiste a sus primeros cursos de enseñanza, guiado por el maestro del

1. Familia, infancia y juventud (1873-1896)

pueblo, don Francisco Lloret. En su condición de hijo del alcalde, el pequeño es «favorecido» con una serie de horas extra o clases de refuerzo. Al terminar la jornada docente, el resto de sus compañeros vuelven a casa, pero él se queda durante sesenta minutos más, alargando un horario escolar que se le hace eterno. En su novela *Las confesiones de un pequeño filósofo* describe las sensaciones que experimenta al entrar y salir del colegio en el que se educa, entre los años 1878 y 1881, coincidiendo —¡ya es mala suerte!— con el período en que su padre ejerce como primer edil de Monóvar:

¿Cómo iba yo a la escuela? ¿Por dónde iba? ¿Qué emociones experimentaba al entrar? ¿Qué emociones sentía al verme fuera de las cuatro paredes hórridas? No miento si digo que aquellas emociones debían ser de pena, y que estas debían de serlo de alegría. [...] yo —como hijo del alcalde— recibía del maestro todos los días una lección especial. Y esto es lo que aún ahora trae a mi espíritu un sabor de amargura y de enojo².

Por lo demás, su infancia transcurre en el seno del hogar familiar, pues, como sucede con los hijos de las familias ricas del pueblo, apenas pisa la calle. Mientras el resto de los niños juegan y se pelean, él recibe una educación esmerada, no solo en la escuela, sino también en casa. Las criadas se encargan de que tanto él como sus hermanos aprendan a rezar, a comportarse ante las visitas y a vestir siempre de forma aseada. De entre quienes forman parte del servicio doméstico de los Martínez Ruiz, destacan dos personajes cuyo papel, durante estos años, es fundamental. El primero de ellos es Bernardo, quien, además de como mayordomo, ejerce como una especie de contable, pues lleva el control de todos los movimientos (compras, ventas, pagos de jornales, etc.) que se suceden en las fincas cam-

pestres del matrimonio. La importancia de su quehacer y la fidelidad que demuestra, a través de los años, le convierten, en la práctica, en un miembro más de la familia. El otro es un criado llamado Joaquín, apodado el «Tío Azul», que sirve como muletero en El Collado, la finca que el clan posee en el pequeño pueblo de Salinas, al norte de Monóvar. El Tío Azul cumple un papel destacado en la existencia de José, porque es el encargado de trasladarle desde Monóvar hasta Yecla cuando deja la escuela del pueblo para ingresar en el Colegio de los Escolapios.

Aunque son los empleados del hogar quienes crían a los hijos del matrimonio, la barrera de la condición social, que separa a la familia burguesa de su servicio plebeyo, jamás es traspasada. El propio Azorín explica en su último libro de recuerdos, *Ejercicios de castellano*, que uno de los elementos que más marcan esa diferencia de clase es la diglosia: el empleo de una u otra lengua (valenciano o castellano) según con quién se mantenga la conversación: «Mi casa —en Monóvar— era bilingüe. Hablábamos los señores, entre nosotros, en castellano; hablábamos a la servidumbre en valenciano»³. En su libro de memorias *Valencia*, al tocar el tema de la lengua, reconoce que el hecho de haberse criado en un ambiente bilingüe (en el pueblo y en casa) es determinante en su obra como escritor, pues el suyo es, siempre, un castellano notablemente influido por el valenciano, que escucha y habla durante sus primeros años de vida:

¿Cómo escribirá quien ha pensado, niño, adolescente, con otros signos que el castellano? [...] ¿Cómo escriben el castellano los nativos de Valencia? Cuestión esta conmovedora para el autor de estas líneas. Para el autor de estas líneas, tratar esta cuestión es como poner el pulpejo del dedo, todo lo delicadamente que se quiera, en una carne sensitiva, palpitante y dolorosa⁴.

1. Familia, infancia y juventud (1873-1896)

Las fotos que se han salvado del pequeño José lo muestran como un chico de apariencia tímida y reservada. Vestido como el hijo de un matrimonio burgués (trajecito oscuro, cuello y calcetines blancos), lo vemos con la piel clara, los ojos azules y el pelo rubio, perfectamente rasurado. De su cara destaca que siempre aparece con los labios sellados y los ojos muy abiertos, dando a entender que es un niño silencioso y pensativo, pero atento a todo lo que se mueve a su alrededor. La fortuna ha querido que en el archivo de la Casa-Museo Azorín, en Monóvar, se conserve un ejemplar de un manuscrito muy útil para conocer la vida de los Martínez Ruiz. Su autor no es Azorín, sino su hermana, Amparo, quien escribe una especie de novela autobiográfica, *Soledad*, cuya lectura deja entrever que no se trata de una novela de ficción, sino de un *roman à clef*: una novela en clave (cada personaje de la trama se corresponde con una persona real, miembro de la familia), de un alto contenido confesional, donde la autora describe un ambiente familiar en el que no es oro todo lo que reluce. En este sentido, el texto guarda un notable paralelismo con los *Recuerdos de una mujer de la Generación del 98*: las memorias —publicadas de forma póstuma— en las que Carmen Baroja cuenta cómo fue la vida junto a sus hermanos, Pío y Ricardo.

Si gracias a Carmen Baroja descubrimos que su madre y sus hermanos ejercen sobre ella un trato machista, el manuscrito de la novela inédita que deja Amparo evidencia que en casa de los Martínez Ruiz quien desempeña el papel de censor de las costumbres es el padre de familia, hasta el punto de que tanto ella como sus hermanas viven siempre con miedo a esa figura autoritaria que es, para ellas, Isidro Martínez. La diferencia con respecto a los Baroja es que, mientras que Carmen Nessi (matriarca del clan barojiano) educa a sus hijos en el pensamiento de que el hombre está por encima de la mujer, María Luisa Ruiz sí

apoya a sus hijas, aunque nunca se atreve a levantar la voz por no contradecir a su marido. La severidad con la que Isidro (Andrés, en la novela) trata a su mujer e hijos hace que estos se críen en una atmósfera de frialdad y desamor. En alguna de las páginas de *Soledad* (nombre de la protagonista de la novela, que no es otra que la propia autora), Amparo reprocha amargamente a su padre que no haya hecho feliz a su madre, porque la ha forzado a vivir encerrada en casa, ocupada con las tareas domésticas y sin ningún tipo de vida social. Además, añade para rematar, demuestra una actitud muy egoísta para con los demás, porque no se ha contentado con casarse con su madre por una motivación puramente económica, sino que ha tenido muchos hijos sin pensar en las consecuencias que eso acarrearía:

En este hogar faltaba el aglutinante del amor recíproco que produce la comprensión, la concordia y la alegría; dones inapreciables para la vida familiar y su sostén más firme. [...] El ambiente del hogar deja huellas tan profundas en el espíritu que la voluntad más tenaz no podrá borrar nunca. Los padres forman este ambiente: don Andrés al ir al matrimonio solo tuvo en cuenta la fortuna que aportaba su consorte; los demás factores de orden moral y material no montaban nada para él. Fue multiplicando su paternidad sin pensar en las responsabilidades y deberes que contraía⁵.

Tras pasar cuatro años en la escuela de Monóvar, llega uno de los días más esperados en la familia. El 1 de octubre de 1881, José, que por entonces tiene ocho años, ingresa en el Colegio de los Padres Escolapios de Yecla, la ciudad murciana en la que ha nacido su padre. Sigue, así, la moda del momento entre las familias ricas de la España de la Restauración, una de cuyas preocupaciones vitales es, justamente, que los hijos reciban una

1. Familia, infancia y juventud (1873-1896)

educación y una disciplina acordes con su estatus. Uno de los lugares destinados para ello son los colegios administrados por órdenes religiosas, donde los alumnos residen como internos, en régimen de dedicación exclusiva y pensión completa. Lo experimenta el pequeño José cuando su padre decide enviarle a Yecla. Lo comprueba, pocos años después, el también futuro escritor alicantino Gabriel Miró, cuyos progenitores hacen lo propio, matriculándolo en el colegio jesuita de Santo Domingo, en Orihuela. Ambos dan cuenta de las alegrías y las penas vividas en estos establecimientos a través de sus respectivas novelas, *La voluntad* (1902) y *El obispo leproso* (1926).

Entre octubre de 1880 y junio de 1888 se suceden ocho años en los que su vida transcurre a caballo, nunca mejor dicho, entre Monóvar y Yecla. Durante el año escolar reside en Yecla, a la que él mismo otorga en sus memorias el título de «ciudad adusta», porque la ve como una «ciudad casi manchega, de antiquísima historia»; los veranos los pasa en Monóvar, a la que —en contraste— llama «ciudad apacible», por aparecersele como una villa «levantina, casi mediterránea»⁶. Todos los años, al empezar el curso, se sigue el mismo ritual: un día de principios de octubre, a las ocho de la mañana, Joaquín, el Tío Azul, dispone un carruaje, tirado por un corcel y pertrechado con viandas para el viaje, al que se sube José. Juntos emprenden el camino a Yecla, en un trayecto largo (entre seis y ocho horas), casi interminable, que el niño aprovecha para ir mentalizándose para lo que le espera: nueve meses de aislamiento, solo interrumpidos por las vacaciones de Navidad, en las que se le permite escaparse unos días para estar junto a la familia. En total son treinta y dos viajes, sumando las idas y venidas, al inicio y final de curso, más los motivados por el traslado navideño. Al acabar el primer curso, el 3 de junio de 1881, responde a una carta de su madre con un laconismo y una seriedad (no se per-